

DISCURSO

DEL SEÑOR DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO EN ELOGIO DE
DON RUFINO JOSÉ CUERVO

Señores Académicos:

Nunca como en esta ocasión he sentido la flaqueza de mis fuerzas, en relación con la magna tarea que me habéis encomendado. Nos reúne aquí el noble propósito de rendir un homenaje de admiración y respeto al grande ausente, que era el centro espiritual de nuestras reuniones, y á quien siempre volvíamos los ojos, en busca de consejo y de enseñanza; y habéis comisionado al más inhábil de vuestros consocios para que haga el elogio del colombiano ilustre que, para desgracia nuestra, se alejó ya, no de los patrios lares, sino de la sociedad de los hombres, y emprendió, abrazado á la cruz, el viaje hacia las playas eternas. No soy yo quien puede hablar dignamente de RUFINO JOSÉ CUERVO, porque el cariño no reemplaza á la ciencia; y el elogio de un sabio no se hace solamente con palabras de afecto y gratitud, sino con el análisis profundo de su genio y de sus obras. Varias veces, al trazar estas líneas, el recuerdo del generoso amigo ha humedecido mis ojos; y las dificultades de la tarea me han hecho ver, con intensa claridad, que si él pudo abrirme los tesoros de su benevolencia, no estaba en su mano el franquearme las llaves de su ciencia filológica, porque ese santuario no se abre por mágico conjuro, sino por medio de una severa disciplina, por la aplicación de métodos de incomparable delicadeza y precisión.

En el espacio de dos años, qué pérdidas tan irreparables ha sufrido la literatura colombiana! Ayer Caro, hoy CUERVO! Nombres gloriosos que desde niños nos acostumbramos á ver unidos, de tal manera que el recuerdo del uno, traía forzosamente á los labios el nombre del otro.

Nacieron con poca diferencia de tiempo; estudiaron en los mismos claustros; se estrenaron en la primera juventud con ensayos gloriosos, que demostraban la regia estirpe de sus inteligencias; durante cuarenta años que pasaron en su ciudad natal, en íntima convivencia, cultivaron estudios similares y se prestaron la mutua colaboración de sus consejos, con la franca liberalidad de dos hermanos. Amistad hermosísima, alimentada con la confianza del trato doméstico, cultivada en el retiro de modestas bibliotecas, con la común lección de los modelos inmortales de la antigüedad, de los grandes clásicos españoles y de los modernos padres y maestros de esa ciencia ayer nacida y ya vasta como un mundo, que se llama la filología comparada! Dulces veladas, de concentración y austeridad religiosas, y á cuyas labores presidía, despidiendo fulgor apacible de estrella fija, el genio de Andrés Bello, maestro dilecto y venerado de uno y otro joven escritor. Monumento y recuerdo de esa colaboración fue la *Gramática latina*, no superada tal vez en nuestra lengua. Después aquellos dos ríos caudalosos corrieron por distintas, pero no opuestas direcciones. CUERVO se trasladó á Europa para entregarse en cuerpo y alma á los estudios filológicos y á la composición de su portentoso diccionario. Caro, que á semejanza de ciertos sabios del Renacimiento, tenía genio de humanista y temperamento de atleta, y desde sus primeros años había sido "paladín de Cristo y de su Iglesia," fue el alma de la transformación política de 1886, cuyas bases constitucionales son construcción sintética de su mente organizadora. Luégo ascendió al Calvario, es decir, fue Presidente de la República, y en aquella altura solitaria, vivió soñando con grandes y purísimos ideales, mientras la política se agitaba, allá en las bajas regiones de los odios y de los intereses, como furia infernal de cabellera de serpientes. Cuando descendió del solio, desengañado pero indomable, las blancas vestiduras que para él tejieron las musas, ostentaban las huellas de sangre, reveladoras de hon-

das heridas del alma; y lo que es más triste, estaban manchadas con el polvo vil de estas nuestras luchas políticas, que envuelve á los hombres como el simún del desierto; y no se aplaca sino cuando sopla sobre sus espesos remolinos el frío hálito de la muerte, diosa de la paz y el olvido, á cuyo conjuro de ultratamba se acalla el tumulto tempestuoso, y se destaca entonces, en la calma de la gloria, la inmensa pirámide, dorada con los rayos del sol de la eternidad.

¿Cuál de estos dos destinos es más envidiable? Difícil sería responder. Estos dos hombres supieron cumplir con su deber y llenaron la misión que les había confiado la Providencia. CUERVO, de carácter más recogido, de compleción más delicada, prefirió confinarse en un retiro de asceta y consagrar toda su actividad á un género especial de estudios; y el surco que trazó fue tan hondo, que el maestro Menéndez y Pelayo no vacila en proclamarlo el filólogo más grande que la raza española produjo en el siglo XIX. Caro deja la impresión de una inmensa fuerza intelectual que se expande en todas direcciones y á dondequiera lleva el calor y la luz. Poeta, crítico, orador, jurisconsulto, en cuanto emprendió dejó impresa su huella en las cumbres más altas. No menos hermosa es la fisonomía de estos dos compatriotas como hombres y como ciudadanos. Ambos fueron hijos amantes de Colombia, pedazos de las entrañas de la patria, como dijo Caro. Cuando la integridad nacional sufrió bárbara mutilación, el corazón de ambos latió con dolor infinito. Su vida fue casta y austera. Caro confesó á Jesucristo en las luchas de la plaza pública. CUERVO fue un cristiano ejemplar, que dio también testimonio de su fe, demostrando en su persona la perfecta alianza de la piedad y la sabiduría, y siendo vaso incorruptible en la metrópoli de todos los placeres; su existencia no tuvo violentas agitaciones; pero fue toda ella de sacrificio silencioso, de renunciación voluntaria á los placeres familiares, á la vida de sociedad, y casi hasta

al trato frecuente con sus amigos. Sus últimos años debieron ser de inenarrable tristeza, cuando privado de la cariñosa compañía del último de sus hermanos; lejos de la patria y de cuanto había amado en su juventud; imposibilitado por sus dolencias para el trabajo constante, era su única compañera la soledad. La ciencia tiene sus mártires y sus héroes: unos le ofrendan la vida en audaces empresas, como esa legión intrépida que quiere dominar definitivamente las regiones que Icaro pretendió escalar con sus alas de cera. Otros le ofrecen sacrificios silenciosos, pero heroicos también, porque mueren para el mundo, á fin de vivir para la idea; y luchan con la flaqueza física, con el tedio, con los dolores; y no sueltan la pluma sino cuando la arranca de sus manos el Angel de la muerte.

Fue el señor CUERVO un insigne cultivador de la filología comparada, ciencia que hace un siglo daba los primeros pasos, y hoy es tan vasta y profunda, que no puede abarcarla, en sus múltiples ramificaciones, el genio de un hombre solo, por grande que sea. Ciencia que ha establecido sobre bases sólidas la clasificación de las lenguas, las ha dividido en familias, según su índole peculiar; y ha sido auxiliar eficaz de la arqueología, de la historia, de la psicología, y ha encendido una antorcha que ha derramado inesperada luz sobre épocas remotas, sobre razas cuya existencia apenas se había sospechado, sobre la primitiva fraternidad de los pueblos, sobre los orígenes de la civilización. Tocóle á España producir una de las primeras obras en que se ensayó, no de manera empírica, sino con adivinaciones geniales, una clasificación de las lenguas. El *Catálogo* del jesuita Hervás y Panduro, publicado en el año de 1800, ha merecido un recuerdo simpático de filólogos como Max Müller y Pott. En sus páginas vemos con asombro la inmensa cantidad de datos que ese solitario obrero de la ciencia logró reunir; no sólo sobre los idiomas europeos y orientales, sino sobre las humildes lenguas habladas por los indígenas de América, á las cuales consagró el tomo

primero, en donde se encuentran noticias del chibcha, del panche, del sáliva y otras lenguas del Nuevo Reino. El sistema de Hervás no era perfecto, y así lo vemos declarar que el latín es claramente un dialecto del griego; pero ya entrevió la importancia del sánscrito en el estudio comparativo de las lenguas clásicas. Max. Müller le reconoce, además, "uno de los más bellos descubrimientos de la ciencia del lenguaje," la fijación del grupo de las lenguas malayo-polinésicas (1). Si Hervás y Panduro hubiera tenido continuadores de sus estudios, que hubieran seguido como él el movimiento filológico en el resto de Europa, España hubiera ocupado uno de los primeros puestos en la historia de esta ciencia; pero su tradición se olvidó; y Alemania, que ya había producido á Leibniz, tomó el cetro, que desde entonces viene ostentando con gloria. Nadie le disputa á Bopp la primacía que, por razón del tiempo y del mérito, le corresponde como autor de la fundamental *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, y á nadie se ofende con decir que Federico Díez sigue presidiendo, como egregio patriarca, la falange de romanistas con su admirable *Gramática de las lenguas romances*. Obras son éstas que en algunas de sus partes pueden haber sido superadas por trabajos especiales; pero que en su imponente conjunto desafían toda comparación y son como pórticos grandiosos por debajo de los cuales ha desfilado reverente una larga serie de sabios.

Antes de que la filología adquiriera un método preciso, sus empíricos cultivadores andaban casi á tientas forjando teorías tan caprichosas como extravagantes. Desconociendo el proceso histórico de formación de las lenguas, sin medios para hacer un análisis comparativo y una clasificación de las diversas familias en que se divide la muchedumbre de idiomas y dialectos que hablan los hombres; sin saber que la lingüística es una ciencia experimental, en que nada

(1) *Leçons sur la science du langage*. Página 163.

se deja á la fantasía ni al capricho, y donde todo fenómeno tiene su explicación positiva; los eruditos de otros siglos, cuando trataban temas filológicos, lo hacían con la inseguridad y la falta de tiento con que los médicos de esas mismas épocas procedían al apreciar y tratar los fenómenos patológicos. La más engañosa semejanza externa se aducía como prueba de parentesco entre las palabras de distintos idiomas; se establecían filiaciones y derivaciones fantásticas; según las preferencias individuales, se decretaba que éste ó aquel idioma era el más antiguo y la fuente de todos los demás; y los etimologistas de profesión ó de afición entretenían sus ocios con descubrimientos, algunos de los cuales se han hecho proverbiales, ya por su ingeniosidad, ya por su insensatez. A este propósito es de recordarse lo que el célebre Huet, Obispo de Avranches, decía á Gil Menage: "Yo, señor mío, he dicho á vuesamerced varias veces, y vuelvo á repetirlo, que si vuesamerced fuese menos hábil etimologista que lo es, serían mejores sus etimologías." Mayans, que es quien cita estas palabras (1), recuerda, como ejemplo oportuno, una de las muchas etimologías que da el clásico Alejo de Venegas, en su libro *Agonia del tránsito de la muerte*. "Bajilla es por corrupción de letras diminutivo de vasija, y vasija se deriva de vase por vaso. Ahora se dice bajilla, porque hace abajar la conciencia del que la tiene y no remedia con ella las necesidades de los pobres." Sobre lo cual observa Mayans: "buen cristiano, pero mal etimologista." Pero qué mucho si el ilustre José de Maistre, en sus *Veladas de San Petersburgo*, escritas á principios del siglo XIX, considera etimología aceptable la que hace de la palabra *cadáver* una contracción de la frase *caro data vermibus*, esto es, *carne entregada á los gusanos*, como si fuera posible suponer que un pueblo que careciera de un término propio para designar un objeto común estuviera en capacidad de formarlo artificialmente, y

(1) *Orígenes de la lengua española*. Madrid. 1737.

de dar á la palabra una intención moral y filosófica. No sólo estos errores ocasionales sino otros más sustanciales y profundos en que incurrieron gramáticos de profesión, procedían de la falta de método, sin el cual no puede considerarse constituida ninguna ciencia. Carecían esos eruditos de dos cosas, para emplear las palabras de Michel de Bréal (1): de un término de comparación para clasificar los hechos observados y de un instrumento de precisión para que las observaciones fueran más seguras y más completas: el descubrimiento del sánscrito vino á suplir esa deficiencia y permitió establecer el grupo de idiomas indoeuropeos, demostrando el parentesco de las lenguas clásicas con la de los Vedas, con el persa, el armenio, el celta y los idiomas eslavos y sajones. La ciencia del lenguaje estaba fundada.

RUFINO JOSÉ CUERVO recibió en esta ciudad, bajo la dirección y vigilancia de su padre, el ilustre Vicepresidente de la Nueva Granada, una educación selecta; pero como filólogo, se formó á sí mismo, como se formaron sus amigos y compañeros Caro, Uricoechea y González Manrique. No había entonces, en estos países, ambiente propicio para el desarrollo de estudios tan altos y difíciles, que son patrimonio de la aristocracia intelectual y están reservados para unos pocos especialistas. En España mismo, la filología ha sido disciplina cultivada tan sólo por unos cuantos espíritus selectos, como los dos grandes maestros contemporáneos Ramón Menéndez Pidal y Julio Cejador. Cuando CUERVO emprendió sus trabajos era difícil en Bogotá la adquisición de las obras fundamentales de la lingüística, y los nombres de Bopp, de Benfey, de Dozy, de Díez, eran exóticos en estas alturas de los Andes. Si se historia el desarrollo de los estudios lingüísticos en Colombia, hay que saltar de los útiles pero modestos trabajos de don Ulpiano González á una obra como las *Apuntaciones Críticas*, en

(1) *Melanges de mythologie et de linguistique*.

que los mayores maestros europeos encontraron una valiosa contribución en materias de filología comparada.

El que estudie la moderna literatura colombiana tendrá que anotar, con sorpresa, la aparición de un grupo de filólogos eminentes, dentro de un breve período de tiempo, como si latentes aficiones de la raza hubieran despertado de pronto con desusada energía. En aquellos días sí que pudo decirse que Bogotá era la Atenas de la América del Sur. Entonces salieron de plumas bogotanas no sólo las *Apuntaciones*, sino la *Gramática latina* de Caro y CUERVO; las anotaciones de uno y otro á las obras filológicas de Bello; el *Tratado del participio* y el discurso sobre *el uso del primero*, la *Muestra de un diccionario* de CUERVO y Manrique, el *Alfabeto fonético*, la *Gramática chibcha* y la traducción al francés con notas de la *Gramática árabe* de Gaspari, por Uricoechea, profesor de este último idioma en la Universidad de Bruselas. Y el movimiento no se limitó á los maestros ya citados: al propio tiempo que ellos, don José Manuel Marroquín escribía sus interesantes trabajos lexicográficos y sus disquisiciones gramaticales; Diego Rafael de Guzmán enseñaba, con la palabra y con el ejemplo, á seguir las huellas de los clásicos del siglo de oro; y bajo el patrocinio de esta Academia aparecía en el escenario de las letras la insigne figura de Marco Fidel Suárez, el último de todos por la edad, uno de los primeros por la ciencia, y en quien hoy reconocemos todos al digno sucesor de CUERVO. Larga sería la lista de los que se han distinguido como cultivadores de la gramática. Algunos murieron ya, como César C. Guzmán, Francisco Marulanda Mejía, César Conto, Rafael Celedón y aquel hombre bueno, amigo de los niños, autor de los *Ejercicios para corregir palabras y frases mal usadas en Colombia*, á quien consagro con emoción un recuerdo filial. Otros viven aún, y son ornato de esta Academia, como don Emiliano Isaza, cuyas obras principales, la *Gramática práctica de la lengua castellana*, y el *Diccionario de la conjugación*, lo han hecho justamente renombrado en América

y en España. Para apreciar cómo se generalizó en cierta época la afición á estos estudios, pareceme oportuno recordar, porque quizá algunos lo hayan olvidado, que dos de los hombres públicos que en este año han sonado más en la lucha de los partidos, figuran en la lista de autores de obras gramaticales ó lexicográficas. Jorge Roa, el combatido y hábil ex-Ministro de Gobierno, compuso un excelente texto primario de gramática. Y nadie podía imaginar cuando el General Rafael Uribe Uribe dio á luz en 1887 su erudito *Diccionario abreviado de galicismos y provincialismos*, que el escritor que así se presentaba al público no sería un profesor de vida tranquila, sino que le estaba reservada una de las existencias de lucha más constante y activa, de agitación perenne, como la del océano. Esta lista podría enriquecerse con los nombres de otros importantes políticos, como Tomás O. Eastman, Diego Mendoza, Miguel Abadía Méndez y Luis Eduardo Villegas. Honroso es para el país este acervo de trabajos lingüísticos, por su valor intrínseco, y por la calidad y circunstancias de quienes lo acrecentaron. Honroso también para el señor CUERVO, pues sin su enseñanza, sin su ejemplo, sin la influencia decisiva que ejerció sobre sus contemporáneos y sobre la juventud de entonces, no habríamos tenido ese florecimiento tan brillante, que por desgracia fue de corta duración. Hoy, la filología y en general los estudios gramaticales, despiertan menos la atención entre los jóvenes, quizá porque la literatura llamada modernista ha introducido cierto criterio anárquico en el uso de vocablos y de giros, que hace inútil todo estudio etimológico, toda consulta á los clásicos; una vez que cada autor da á los términos que emplea la significación que caprichosamente le viene en talante y se construye su propio diccionario y su peculiar código gramatical. Justo es anhelar porque se acentúe la inevitable reacción que, sin desdeñar útiles adquisiciones del vocabulario modernista, vuelva á dar al estilo de los escritores jóvenes el sello castizo, que tanto contribuye á hacer perdurables las obras literarias.

No fueron las *Apuntaciones Críticas* la primera producción de su clase que se publicó en la América española: precediéndola con mucho en el orden del tiempo la del benemérito cubano D. Esteban Pichardo, cuya primera edición es de 1836. Pero de todos los libros sobre provincialismos americanos, que forman ya una regular biblioteca, el del señor CUERVO es el que tiene carácter científico más amplio y ofrece mayor interés para todo cultivador de los estudios filológicos. Ha servido de modelo á la mayor parte de las obras similares, como lo han reconocido lealmente sus respectivos autores; ha sido explotado con más libertad de la que consiente el respeto á la propiedad intelectual, y aun ha sido torpemente remedado por quienes creen que con la ayuda de diccionarios de todas las lenguas puede el aficionado hacer excursiones en el campo etimológico, que es precisamente el más expuesto á engañosos espejismos para quien no se haya formado, como el señor CUERVO, en los métodos de precisión de la más avanzada filología alemana.

El problema de la unidad del lenguaje en el mundo hispano, que tanto ha preocupado no sólo á los gramáticos sino á los pensadores y á los hombres de estado, fue tema de meditación constante para el señor CUERVO, y dio origen á las *Apuntaciones*. Vea nuestro compatriota que el caudal de la lengua se iba enturbiando por la invasión de elementos extraños, especialmente por influjo del galicismo audaz y desatentado, que envilecía el vocabulario y empobrecía la sintaxis; vea también que el lamentable aislamiento en que vivían unos respecto de otros los pueblos de habla castellana y su divorcio de la madre patria traía como consecuencia el florecimiento del provincialismo estrecho, fecundo en invenciones verbales, ininteligibles fuera de los límites de la ciudad ó de la región. Llegaban á sus oídos voces que proclamaban la anarquía literaria, la formación de idiomas nuevos para estas nuevas nacionalidades, y temió que se aproximara la hora de la confusión babilónica si no se iniciaba un movimiento hacia el centro de unidad

representado por la gloriosa tradición clásica española, si no se bañaba el lenguaje americano en las aguas del casticismo. El idioma castellano debió presentarse ante sus ojos como un mar inmenso, que lleva sus olas á todos los continentes, y en su eterno y acompasado movimiento revela su indeficiente vitalidad. Tuvo que pensar que si esas aguas que con ritmo sonoro cantan por toda la redondez de la tierra la supervivencia de una raza, se iban retirando del continente americano, sólo dejarían, como memoria de su paso, lagunas estancadas, donde no tardarían en desarrollarse, con irresistible empuje, los gérmenes de la corrupción y de la muerte. Nó! no es posible que el idioma en que se escribieron *La vida es sueño* y el *Quijote*, deje de ejercer su influencia civilizadora sobre millones de almas, en quienes está impreso, de modo indeleble, el sello de la raza española; no es posible que la lengua que dio forma inmortal á los más encumbrados y sutiles conceptos de la mente, á los más gallardos arranques del corazón, sea destronada por una tumultuaria aglomeración de elementos exóticos, que enturbian el pensamiento y entorpecen su marcha desembarazada y gentil, de tal manera, que el que tenía actitudes de príncipe se humilla y encoge con torpes movimientos de esclavo.

La labor del Sr. CUERVO fue fecunda, noble y patriótica. Velando por el decoro de la lengua, trabajó en beneficio de su país, del continente americano, de toda la raza española. Fue un esforzado paladín del ejército de Cervantes, á quien éste armó caballero y le confió la defensa de su dama en remotas y legendarias regiones. Yo guardo con respeto un ejemplar de la primera y modesta edición de las *Apuntaciones*. A cuántos escritores han servido de norma! Cuántas dudas han disipado! Cuántas vocaciones literarias han contribuido á desarrollar! Como por encanto desaparecieron de nuestra lengua ciertos vicios inveterados que la afeaban; como si la ciencia filológica hubiera sido en esta ocasión á modo de maga benéfica que, al presentarse en un

jardín, pone en fuga las viles alimañas que amenazaban destruir la belleza de las ramas y la pompa de las flores. Cuando este libro de escasa apariencia llegó á manos de algunos grandes filólogos europeos, fue sumo su asombro, y el glorioso Pott, el germano de las empresas hercúleas, el que derramó torrentes de luz en el estudio de las lenguas indo-europeas, manifestó su sorpresa con ese candor heroico que es tan propio de esta clase de sabios, profundos, pero ingenuos en su comercio con los demás mortales, diciendo al Sr. CUERVO, en clásica carta latina, que la existencia de un filólogo de esa talla en esta ignorada porción del mundo, no era para él menos rara que la aparición de un cuervo de blanco plumaje. Dozy, el célebre arabista, tomó nota de algunas observaciones originales que contienen las *Apuntaciones* en el ramo de estudios de que él era cultivador sin rival; y el anciano Hartzenbusch, el padre de *Los amantes de Teruel*, entabló desde Avila, donde pasaba entonces los rigores de la canticula, diálogo familiar y eruditísimo, plática animada de abuelo venerando, con el joven cofrade, que tan estupendas muestras daba de conocer los más recónditos arcanos de la ciencia del lenguaje. Esfuerzo admirable éste de dar interés universal á un trabajo destinado á la corrección de defectos locales! Es que, así como las inteligencias medianas y estrechas empuñan cuanto tocan y son capaces de reducir la inmensidad de los cielos á las proporciones de una gota de agua, el talento superior, reflejándose en esa misma gota, la agranda y extiende sus límites en perspectiva inconmensurable, y en ella cabe todo un mundo y hasta se vislumbra el espíritu de Dios flotando, como en los días del Génesis, sobre las aguas.

Cuando el señor CUERVO publicó las *Apuntaciones*, poco se había escrito sobre las peculiaridades del castellano en América, poco sobre las variedades dialectales en las provincias españolas. El elemento regional no tenía tanta influencia como la que ha adquirido luego en la produc-

ción literaria. Nuestro compatriota estimó necesario depurar el lenguaje bogotano, refiriéndolo al idioma de los clásicos y al Diccionario de la Academia Española, y de tal cotejo resultaron con la tacha de americanismo, palabras que pueden reclamar cuna muy española. Si hubo, acaso, algo de exageración de purismo en esta reacción, se debe á la indicada circunstancia, y á la necesidad también de aplicar un remedio enérgico á un mal que amenazaba tomar peligrosos caracteres. Colocado después el señor CUERVO en centro más adecuado para sus estudios y siendo él mismo centro, por todos reconocido, de este movimiento de trabajos filológicos, pudo estudiar los problemas del lenguaje americano desde un punto de vista más adecuado, se abrieron ante sus ojos horizontes no explorados antes, y halló que la base castiza de nuestra habla vulgar era más ancha y sólida de lo que generalmente se creía. El halló la explicación científica de muchos provincialismos; dio la razón de las modificaciones de significado que recibieron en América no pocas palabras; redimió de la tacha de barbarismos á muchos términos anatematizados en tal concepto por exagerados puristas. No fue ya la lengua de la España central la emperatriz solitaria á quien todos rinden parias y que da leyes al uso: delante de ella comparecieron, como hermanas menores, pero de la misma estirpe, las hablas de los pueblos americanos, llevando cada una las riquezas propias destinadas al acrecentamiento del tesoro común. ¿Ni cómo era posible que pueblos establecidos en un mundo nuevo, lleno de objetos desconocidos en Europa y habitado por razas indígenas, que hablaban dialectos y aun lenguas de relativa perfección, se contentaran con el caudal de voces recibidas por herencia tradicional y no procuraran satisfacer la urgencia de poner nombres á esos objetos nuevos y de apropiar términos á la expresión de otros usos, otras costumbres, otras necesidades sociales? Aunque se ignoraran los autores y el lugar de procedencia de los vocabularios de provincialismos, fácilmente se averigua-

ría á qué nación americana corresponden. Basta abrir el del doctísimo García Icazbalceta, para que la sola calidad de las palabras, la extraña combinación de consonantes, nos demuestren la influencia de los idiomas indígenas mexicanos. Los escritos en el Ecuador y en el Perú revelan la acción poderosa del quechua. El *Diccionario etimológico* de Rodolfo Lenz permite apreciar el ingente número de voces de origen araucano usadas en Chile; y la *Gramática chibcha*, de Uricoechea, muestra los restos de ese idioma que han quedado como incrustados en nuestro lenguaje. Pero no es esto sólo. Hay vocablos y giros, no usados en España, que se emplean, de modo espontáneo, por todas las clases sociales, en el mundo de Colón, uniformidad que merece estudio y que exige respeto, porque si hay algún principio de derecho público reconocido en los dominios de la lexicografía, es el del sufragio universal, desde que Horacio proclamó al uso como juez y norma del lenguaje. En sus últimos tiempos el señor CUERVO, al par que releía á los clásicos, estudiaba atentamente á los primitivos é ingenuos cronistas de Indias; consideraba como tarea importantísima la de conservar el idioma de los conquistadores "como oro en paño"; se solazaba con las producciones folk-lóricas y con las obras que mejor reproducen el lenguaje popular y las formas dialectales. Y con el profundo conocimiento que había adquirido de la evolución del idioma en las repúblicas americanas y en las diversas regiones de la Península, se había dedicado á la grande empresa de escribir una obra sobre *Castellano literario y castellano popular*, que ojalá haya logrado terminar, porque será de capital importancia, y según la opinión autorizadísima de Lenz, "cambiará de un día al otro el aspecto de la filología hispanoamericana, y será para los romanistas europeos la revelación de un nuevo mundo científico" (1).

No puede ni debe confundirse la rehabilitación que intentó el señor CUERVO, del lenguaje popular en lo que tie-

(1) *Diccionario etimológico*, Santiago, 1903.

ne de tradicional y castizo, con la aceptación franca y atropellada de todo cuanto en América se habla y escribe, aun cuando se trate de neologismos bárbaros ó de repugnantes galicismos. Con esto no transigió jamás, ni podía transigir, el señor CUERVO; y acerca de este punto tan terminante es la última edición de las *Apuntaciones* como la primera. El señor CUERVO llegó á pensar que, andando los siglos, podría disgregarse el castellano, como se disgregó el latín, para dar nacimiento á nuevas lenguas; pero esta opinión no significaba que á su juicio fuera lícito apresurar esa evolución secular, contribuyendo á la deformación del idioma. Como él mismo lo dice, procuró siempre escribir conforme al tipo existente aún de la lengua literaria, y rechazando el cargo que le hizo el escritor argentino, don Ernesto Quesada, de alimentar "tendencias separatistas en materia de idioma," definió su actitud en este debate, puramente científico, sobre el remoto porvenir del castellano con las siguientes expresivas palabras: "No porque uno crea que nuestros cuerpos, sin remedio, han de venir á ser pasto de gusanos, deja de asearse y aderezarse lo mejor que puede." ¿Cómo iba á serle indiferente la suerte de su lengua, á quien toda la vida se había consagrado á su cultivo esplendoroso? ¿Qué especie de furor iconoclasta podía llevarlo á aplicar el hacha demoledora á la imagen que con sus propias manos había contribuido á embellecer y engalanar? El, que había sacado de sus viejos cofres todas las joyas que dejaron guardadas los maestros orfebres de la lengua, y las había expuesto á la admiración del público moderno; él, que había consagrado largas vigiliias al estudio de una partícula, de un caso de concordancia, cuando creía que podía ser útil para el mejor uso de la lengua, estaría dispuesto á arrojar al agua todos sus tesoros y á proclamar lo inútil de su propia ciencia, declarando la legitimidad de todos los modos de hablar? Basta enunciar estas cuestiones para darlas por resueltas. No hay que confundir al sabio, partidario de una libertad racional, con el ignorante

para quien la razón misma es un freno insoportable, porque modera los ímpetus de su independencia salvaje.

Entre las prerrogativas de la verdadera sabiduría está la de poseer el dón de la oportunidad. Así como la idea de escribir las *Apuntaciones* fue feliz en una época de separatismo literario, cuando un hombre de la cultura intelectual de Juan María Gutiérrez rechazaba el diploma de la Academia Española porque deseaba la formación de un dialecto americano independiente; así también los últimos escritos del señor CUERVO, destinados á reivindicar los justos fueros de los pueblos de este Continente en materia de lenguaje, se publicaron cuando, por una parte, se iniciaba en España, por ciertos escritores y gramáticos, una violenta reacción encaminada á reducir todo el castellano hablado y escrito al molde de una docena de autores del siglo XVI; y cuando, por otro lado, el sentimiento de raza volvía á palpar enérgicamente en América, y la propia República Argentina reconocía la importancia de imponer el patrio idioma á la masa cosmopolita que allí acude, como medio eficaz de dar fuerza y cohesión á la nacionalidad. Así Buenos Aires vio, hace un año, instalarse la Academia de la Lengua, bajo el patrocinio de una princesa española, en todo el hervor de las fiestas del Centenario de la Independencia.

Cuando el señor CUERVO escribió las *Apuntaciones* se vio obligado á compartir sus arduos estudios con ocupaciones de industrial. Era pobre, y tenía que conquistar, con el esfuerzo de su brazo, la soñada independencia. Hay en la vida del doctor Cuervo, escrita por sus hijos, un conocido rasgo, digno de figurar en las obras de Smiles. Cavaban Angel y Rufino, en una pieza de la casa paterna, halagados con la noticia de que allí había un tesoro soterrado. Sorprendiólos el padre y díjoles gravemente: "Hijos míos, este hoyo se va á cerrar inmediatamente. Ustedes no deben buscar más tesoro que su propio trabajo." Agregan los hijos que años adelante, siendo ya hombres, establecieron allí mis-

mo una fábrica de cerveza, y que, cuando el negocio prosperó, se acordaron con emoción de la advertencia paternal. Pero ¿puede úno imaginarse á RUFINO CUERVO entregado á las manipulaciones de una industria, casi desconocida por entonces entre nosotros, y cerrando sus amados clásicos, para impulsar con sus propias manos el trabajo? ¿Puede úno imaginar aquel cuerpo endeble con la blusa del obrero? Cuántas veces tendría que abandonar su estudio, en momentos en que quizás, como premio de largas meditaciones, entreveía la clave de algún intrincado problema filológico; ó cuando alguna etimología, por mucho tiempo buscada, aparecía, como remate de delicado análisis, á modo de estrella que se desprende de informe nebulosa. Entre tanto, el trabajo hervía; el blondo licor, caro á la raza germánica, henchía los toneles, y se coronaba de trémulas espumas, cuyos irisados cambiantes harían pensar al señor CUERVO en las delicadas medias tintas que el análisis lingüístico descubre en los giros más triviales del idioma.

Al fin la hora de la libertad sonó, y el señor CUERVO se trasladó con su hermano á París, donde residió por espacio de treinta años. Llevaba consigo el material enorme que había acumulado en Bogotá para otra obra de mucho mayor empeño y novedad; para la que había de ser, según la frase de Olmedo, "la gloria y el tormento de su vida"; para el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Iba á Europa en busca de un centro más adecuado, de un horizonte más amplio para el desarrollo de su magna empresa. Iba á perfeccionarse en algunos ramos de sus estudios predilectos y á proporcionarse fuentes de información más completas que las que le ofrecían las bibliotecas de Bogotá. Vivió allá, no como tantos otros que ponen su empeño en perder el aire nacional y convertirse en parisienses, sino como el pasajero que reposa un momento en el aduar, mientras llega la hora de continuar el largo viaje. Para una alma como la suya, alejada

de los goces del mundo, la gran ciudad babilónica era como un cenobio espiritual. Rodeado de millones de seres, se encontraba solo; y no tenía ojos para ver ni oídos para escuchar cuanto sorprende y fascina á las multitudes y satisface su deseo de placeres frívolos y sensuales. ¿Hizo bien en escoger á París como lugar de su residencia? Probablemente sí. Tienen los espíritus nobles y puros como el del señor CUERVO un filtro que, al decantarse, purifica la impresión de los espectáculos externos y no deja penetrar sino el agua limpia é incontaminada de lo ideal, cerrando el paso á todo lo que es impureza y escoria. Por otra parte, París, la ciudad ruidosa y desenvuelta, que se corona de rosas todas las noches, para embriagarse con su perfume antes de que se marchiten, y se exalta con el vino de la disolución, es también la ciudad donde todo saber tiene su asiento, donde la ciencia y el arte de todas las edades guardan sus más portentosos archivos; donde de cada laboratorio, de cada celda de estudio, brotan torrentes de luz que iluminan el mundo; vasto campo de acción para todo lo grande, lo humano, lo heroico; donde las fuerzas que están al servicio, ya del bien, ya del mal, tienen una eficacia y un poder tales, que las hacen influir en los destinos de la humanidad; ciudad que dio asilo á Pasteur y á Littré, á Taine y á Brunetière, eremitas del estudio, sacerdotes de los templos serenos de la sabiduría.

Allí emprendió el señor CUERVO la redacción de su *Diccionario*, del cual alcanzó á publicar dos tomos, que comprenden las cuatro primeras letras del alfabeto. La aparición del primero en 1886, fue un acontecimiento en el mundo sabio. Su autor se vio colocado entre los primeros romanistas de la época. El siglo XIX fue el de los grandes diccionarios, algunos de los cuales quedarán como maravillas de ciencia y de labor infatigable. La lengua castellana, que en el siglo XVIII tuvo su magnífico *Diccionario de autoridades*, no fue favorecida en punto á trabajos lexicográficos, durante la pasada centuria. El señor CUERVO quiso

remediar con creces esta deficiencia, pues emprendió una obra que, como lo ha dicho *Le Temps*, de París, “es quizá el trabajo lexicográfico más perfecto que se haya publicado en lengua alguna”; una obra cuyo solo prospecto desvanece, por lo arduo y complejo de su ejecución. No se trata, con efecto, de un diccionario vulgar de la lengua, sino de un trabajo especial, en campo más inexplorado y dificultoso, de un libro que debía resolver todos los problemas de la sintaxis castellana, todo cuanto en materia de construcción y régimen puede necesitar quien desee saber, en cada caso, el uso autorizado por los clásicos; el que está de acuerdo con el genio de la lengua. Si tratándose de cualquier idioma, esta empresa sería de imponderable esfuerzo, calcúlese cómo será respecto del castellano, cuya sintaxis libre, varia, ondulante, ha sido la desesperación de escritores y gramáticos. La preparación de los materiales era obra de benedictino, pero esto no constituye el mérito principal: en donde se revela el genio filológico del autor, es en la organización de tales elementos, en el análisis sutil y delicado, propio de un naturalista, de los más tenues matices del uso á través de siglos de evolución de la lengua; en el criterio filosófico con que distingue lo cierto de lo dudoso, lo legítimo de lo espurio, lo que está de acuerdo con el carácter del idioma, de aquello que lo contradice y afea; en la luz que arroja sobre casos difíciles, por medio de la filología comparada; en la precisión científica con que formula un principio ó señala norma al uso actual; en la exposición clara y severa, ceñida al método histórico, que da á muchos artículos del *Diccionario* la importancia de extensas y acabadas monografías, como el referente á la preposición *á*, que llenaba de admiración á Arsenio Darmesteter. Por eso siempre he creído que sólo el señor CUERVO podía dar fin á su obra. Los inmensos materiales que acumuló son como los áridos huesos de la visión de Ezequiel: necesitan el soplo animador del genio para cobrar forma y vida.

Sobre las papeletas del *Diccionario* puede escribirse como sobre las armas de Don Roldán: *nadie las mueva!* Y si alguien cree que con una aplicación infatigable puede continuarse una obra genial, bueno sería recordarle lo que ha dicho recientemente Emilio Faguet: "la paciencia es la mitad del genio cuando se posee la otra mitad."

El segundo volumen del *Diccionario* se publicó en 1893. Después el señor CUERVO pareció desistir de la empresa, y dedicó su atención á otros trabajos. ¿Qué pudo influir en esa determinación? Quizá la muerte de su hermano, que abatió su ánimo y lo desencantó de la labor que había adelantado bajo el estímulo cariñoso de aquél; quizá el enflaquecimiento de sus fuerzas, que ya no correspondían á las exigencias de una ocupación sin tregua, pues la sola corrección de pruebas era bastante para fatigar los ojos y el cerebro de un joven; quizá la necesidad en que se vio de rectificar todo el acopio de citas clásicas, porque él, que había puesto relativa confianza en las ediciones de Rivadeneyra y otras reimpressiones modernas, pudo convencerse en Europa, por la inspección de manuscritos y textos originales, que los editores españoles habían tratado, en más de una ocasión, las obras antiguas como cosa propia, y ya habían introducido versos de su cosecha en las obras de Calderón, ya habían refundido y modernizado libros enteros, como probó el señor CUERVO que había acontecido con las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita. Nuestro compatriota, á quien nadie ganaba en escrupulosidad científica y que en materia de rigor seguía las huellas de la escuela alemana, no volvió á citar jamás reimpressiones modernas, salvo honrosas excepciones, y en sus postreros trabajos se refiere siempre á los textos antiguos y en lo general á las ediciones príncipes. Pero la revisión del inmenso material acumulado ya, sobre ser causa de desaliento y de fatiga, tuvo que embarazar la redacción de los volúmenes subsiguientes. Por otra parte, debe tenerse en cuenta lo que observa Littré en el prólogo de su gran *Diccionario de*

la lengua francesa: "Cuando un plan se presenta al espíritu, lo seduce y lo cautiva, y todo es luz, orden y novedad. Luégo, cuando llega la hora del trabajo y de la ejecución, cuando hay que colocar en su sitio, dentro de las líneas regulares del cuadro, la masa bruta é informe de los materiales acopiados, entonces empieza la prueba decisiva. Nada más laborioso que el tránsito de una concepción abstracta á una obra efectiva." Además, el señor CUERVO tenía tal respeto á la verdad y tal anhelo de perfección, que á medida que aumentaba en ciencia era más receloso en hacer afirmaciones ó en sentar principios que no estuviesen absolutamente comprobados. Cuando revisaba sus escritos anteriores, casi nada hallaba que lo satisficiera, y hubiera deseado rehacer el trabajo por entero. A veces la comprobación de un dato, al parecer secundario, lo detenía horas y aun días. Esto explica que la colección de *Estudios filológicos*, há tanto tiempo anunciada, no llegara á publicarse nunca. En la corrección de pruebas encallaba la tarea: ante los ojos del señor CUERVO se abrían campos nuevos, surgían dudas y problemas no resueltos, y su conciencia de sabio le impedía pasar adelante sin hallarles respuesta satisfactoria, clara solución. Hay inteligencias que se asemejan á esas hermosas libélulas, á quienes la naturaleza dotó de ojos de infinitas facetas, para que perciban á un tiempo objetos que flotan en distintas direcciones; existencias atómicas, invisibles para nuestras miradas.

Esa misma profundidad de saber explica la manera como el señor CUERVO hablaba de sus propias obras y que hubiera podido parecer falsa modestia, si en él hubiera cabido algún género de falsedad. Refiriéndose á la *Muestra de un diccionario*, que publicaron él y González Manrique en 1872, y que supera tanto á cualquier otro de los trabajos de índole semejante publicados hasta entonces en nuestra lengua, relega ese ensayo á la categoría de las "ignorancias de la juventud." En la advertencia que acompaña á la última edición de las *Apuntaciones* (1905), se excusa del

sacrificio que impone á la vanidad con la reimpresión de aquel libro, en consideración á que él entretuvo las mejores horas de su juventud. Las admirables disertaciones que de tiempo en tiempo daba á luz en la *Romana*, en la *Revue Hispanique* y en otras doctas revistas, las consideraba como distracciones, con las cuales se preparaba para mayores empresas. ¿Ignoraba el señor CUERVO su propio mérito? De ninguna manera; ni este género de ignorancia cabe en un talento superior. Lo que pasa es que estos hombres, dotados de tan gran potencia intelectual, miden, con una claridad desconocida para el vulgo, la desproporción que existe entre lo mucho que saben y comprenden, y el inmenso piélago de las cosas que ignoran. Las declaraciones que ellos hacen no son actos de humildad cristiana, ni mentiras convencionales, sino testimonio de una sincera convicción. Así se explica que Santo Tomás de Aquino, en el brevísimo prólogo que puso á la *Suma teológica*, esa grandiosa enciclopedia de la filosofía cristiana, que representa uno de los más titánicos esfuerzos del pensamiento organizador, dijese que había escrito su libro porque, según la palabra del Apóstol, el doctor católico debía no solamente instruir á los adelantados en la ciencia, sino ofrecer la leche á los párvulos. Lecciones son éstas muy dignas de meditarse por nuestra flaca y orgullosa presunción.

El señor CUERVO no fue únicamente un hombre de ciencia, sino un literato, un eximio escritor. Hay sabios para quienes no existe el aspecto estético de las cosas, y consideran á las más bellas criaturas como simple materia de análisis y clasificación; filólogos para quienes las palabras tienen simplemente un interés científico, pero nada dicen á la imaginación ni al sentimiento. El señor CUERVO amaba, con pasión de artista, el idioma que sometía á frío análisis en su laboratorio de lingüista. Conocía la literatura española no sólo en sus líneas generales, sino hasta en sus recónditos detalles eruditos, de tal manera que, después de Menéndez y Pelayo, nadie habría podido historiarla con

mayor conocimiento de causa y más alto sentido estético. Como crítico, su estudio sobre el Virgilio del señor Caro y los juicios literarios que ocasionalmente formula en trabajos de otra índole, demuestran que en este género hubiera podido dejarnos algo tan bello como el libro que Littré tituló *Literatura é Historia*. Era poeta por el sentimiento, y no desconocía la técnica del arte, pues también, á semejanza de Littré, tomó más de una vez la lira en sus manos, aunque la pulsó con timidez. Se solazaba con la lectura de los grandes poetas. En alguna ocasión me escribió que para descansar de sus faenas habituales iba á pasar algunos días en el campo, llevando en la maleta, como compañía, las obras de Leopardi y las de Shelley, para leerlas y compararlas una vez más. Su afición al arte era tan profunda, que en más de una ocasión le oí decir que si tuviera que alejarse de Europa, uno de sus mayores motivos de pena sería el considerar que no volvería á apacentar sus ojos con la contemplación de la Gioconda y de la Concepción de Murillo, de la Venus de Milo y de las catedrales góticas.

El estilo del señor CUERVO tiene esa suprema sencillez, llena de elegancia, á que sólo pueden aspirar los escritores próceres. Su palabra era exacta expresión del pensamiento; y éste se movía, con porte señorial, en los amplios períodos, feliz unión del estilo clásico y del giro moderno.

Cuando lee uno la introducción del *Diccionario* ó el prólogo de las *Apuntaciones*, le parece ver dilatarse el curso de uno de esos magnos ríos, de aguas serenas, no enturbadas por el tributo tumultuario de corrientes impuras, y que en su majestuoso giro fecundizan la tierra, copian las sinuosidades del camino y reflejan el esplendor del cielo.

El señor CUERVO ponía el sello de perfección en todo cuanto escribía, fuera un estudio filológico, un trabajo crítico ó una carta familiar. Si su correspondencia íntima se publicara, se encontrarían allí preciosas perlas de sentimiento; ideas profundas expuestas como al desgaire; rasgos llenos de sal, en una palabra, modelos de un género

que no es de los más favorecidos en la historia de las letras españolas.

Recuerda el señor CUERVO, como prosista, á los grandes maestros del siglo XVIII, en cuyas obras se admira la ponderación del pensamiento y de la forma; la nitidez y precisión de los juicios; una sencillez aristocrática, que á veces se roza con lo familiar, pero que deja una impresión de nobleza: tal es la prosa más intelectual que imaginativa, de Capmany, de Forner, de Quintana y del gran Jovellanos, que me parece fue uno de los autores predilectos de nuestro bogotano.

Traté de cerca al señor CUERVO, hace cosa de veinte años, cuando él estaba en los umbrales de la edad madura y yo podía hablar, con pleno derecho, de mi juventud. Antiguas relaciones con mi padre me dieron fácil entrada en la casa del sabio, quien me acogió con cariñosa benevolencia, y después de colmarme de atenciones, se empeñó en que yo le franquease mis ensayos poéticos, casi infantiles, para publicarlos en un pequeño volumen. Y no sólo se encargó de dirigir la edición, que resultó, como era natural, un primor tipográfico, sino que se dignó enlazar los hilos de oro de su estilo á la tosca trama de mis versos, y los autorizó con un prólogo, todo benevolencia, que considero como un timbre de mi vida literaria. ¿No pintan estos rasgos el alma de un hombre? ¿Qué le importaban á este sabio, lleno de gloria, los pobres ensayos de un joven desconocido? Desde entonces me honró con su amistad y su confianza; y me favoreció con su correspondencia hasta pocos días antes de su muerte. Le debí delicadezas exquisitas, consejos, voces de aliento, palabras de afecto en las horas de duelo. Recuerdo, con esa dulce melancolía que nos inspira el bien que no ha de volver, los días que pasé con él en la estación veraniega de Aix-les-Bains, cerca del lago de Bourget, inmortalizado por Lamartine. Iba él allí por prescripción médica y yo por buscar su compañía y también por ese entusiasmo romántico que nos impulsa á re-

correr los sitios que han hecho célebres el amor y la poesía. En el gran Casino, único centro de reunión en aquel pintoresco rincón de Saboya, solíamos pasar las horas del medio día y las primeras de la noche. Llegaba el señor CUERVO, siempre sonriente y con una palabra de agrado en los labios; buscaba un sitio algo retirado, y allí departíamos largamente, junto con don Angel y otros dos compatriotas, sobre temas y recuerdos de la amada Colombia. Entre tanto, en aquel vasto y espléndido recinto, se agitaba el enjambre humano que acude á estos lugares de veraneo: muchedumbre cosmopolita, de todos aspectos y condiciones: rusos y griegos; judíos y cristianos. Desfilaban mujeres, cubiertas de joyas y de galas, semejantes á barcos piráticos, cargados con los despojos de míseros cautivos. Las monedas, colocadas en pilas sobre el tapete verde, rodaban con timbre sonoro y desaparecían rápidamente en las fauces del monstruo. Sonaban músicas alegres, invitando al placer, á las voluptuosidades de la vida. El señor CUERVO permanecía extraño á esta agitación febril, y en torno suyo se formaba una atmósfera de paz, que alejaba del espíritu toda tentación. Sólo se interesaba cuando había algún espectáculo artístico; como en cierta ocasión en que se celebró un concierto, bajo la dirección del célebre Thomas, el autor de la ópera *Mignon*. Entonces tomó asiento en el teatro del Casino, y se aproximó luego con nosotros para conocer al anciano maestro, riéndose al propio tiempo de la curiosidad que á todos nos mueve á ver de cerca á los hombres famosos y que se asemeja á la que experimentan los niños, cuando contemplan al león del Atlas, á través de las rejas del Jardín de Plantas. En aquellos coloquios, mostraba el señor CUERVO su interés por la suerte de la patria ausente: unas veces se indignaba, otras se reía con nuestras torpezas y locuras; con nuestra falta de sentido práctico y de orientación nacional. Su rostro se enrojecía, sus ojos se animaban y de su boca salían frases terribles para estigmatizar lo que él juzgaba torpe ó inicuo. Y esta

patriotismo era sincero, porque cuando ocurrió la gran prueba nacional; cuando el país, apenas convaleciente, fue puesto en el potro del tormento y descuartizado, el corazón del señor CUERVO vertió sangre; y no creyó que saldaba sus cuentas de patriota con algunas frases lanzadas al viento: juzgó que otro era su deber; que había que hacer acto de presencia, no con palabras, sino con hechos, como lo han practicado cuantos en todo tiempo han sentido el santo amor de la patria; y ofreció sus bienes para la defensa de la integridad nacional. Ese patrimonio no pudo emplearse, por falta de ocasión, en beneficio del país; y el señor CUERVO lo ha legado á los pobres de su ciudad natal, sellando con este acto las muchas obras de caridad que ejecutó en su vida, con el recato del verdadero cristiano. No quiso presentarse ante el Juez Supremo, en quien creía, sin llevar llenas las manos de esas obras buenas que, según el Evangelio, dan derecho al hombre de ser llamado á la diestra del Padre, en el día de la eterna justicia.

Era el señor CUERVO, en la época en que lo traté en París, un hombre, no viejo, sino envejecido por la meditación y el trabajo intelectual. De mediana estatura, de complexión endeble, algo cargado de espaldas, quizá por la costumbre de llevar inclinada la cabeza pensadora, de tez pálida, de barba negra, cruzada por algunos hilos blancos, de ojos expresivos, aunque amortiguados por las vigiliass, de frente despejada, á la cual daba mayor amplitud la calva prematura, que permitía apreciar la vasta bóveda del cráneo. No tenía las líneas correctas ni el gallardo continente de sus hermanos; pero su rostro, de facciones algo irregulares, se animaba con un aire de benevolencia, con un destello de gracia, que le daban singular atractivo. Su voz, que era de poco volumen, cambiaba repentinamente de diapasón, cuando don RUFINO quería acentuar alguna observación irónica, algún gracejo de tradicional sabor bogotano. Aunque modesto en su vida, guardaba en su casa y en

su vestido un completo decoro, de acuerdo con su posición social. Cuando recibía un huésped, lo atendía con exquisita dignidad. La sabiduría no le sirvió de pretexto para autorizar descuidos ó rarezas del hombre de sociedad. Fue, en vida y en muerte, un perfecto caballero.

A ese retiro de su vejez fueron á buscarlo homenajes grandes y no solicitados: la cruz de la Legión de Honor, pedida para él por Gaston Paris, el más ilustre de los romanistas franceses; el título de Doctor honorario de la Universidad de Berlín, que le fue concedido al propio tiempo que al Emperador de Alemania, como para comprobar que, individuos que han partido de opuestos puntos del horizonte, pueden encontrarse en las alturas.

Tal es, toscamente trazada, la fisonomía de este insigne compatriota, que era la mayor gloria de Colombia; y como ha dicho el notable escritor ruso Boris de Tannenberg, su grande amigo, la personalidad tal vez más eminente de la América española. Al honrar su memoria, cumplimos con un deber de patriotismo y somos fieles al espíritu de la Academia Española, que por razón de su instituto debe enaltecer cuanto se refiera á la limpieza y esplendor de la lengua, de esta dulce lengua nuestra, que tiene tan antiguos blasones y ha merecido tan esforzados paladines! Pidió plaza para ella en el palenque medioeval el rapsodo desconocido que embocó la bronceada trompa épica en honor del Cid; la sentó Alfonso décimo en el tribunal de la justicia y en el solio de la sabiduría, para que dictara leyes y sentencias que aún viven, no grabadas en bronce, sino defendidas contra el tiempo por el grave hechizo de una lengua patriarcal; construyó con ella el Arcipreste de Hita, su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amoríos, por donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblema de las fuerzas primarias de la naturaleza; la hizo subir Jorge Manrique, como mansa espiral de incienso, desde los abismos del dolor hu-

mano, hasta las serenas regiones de la esperanza en la inmortalidad; dióle toques de blandura italiana Garcilaso; y Fray Luis de León le hizo sentir la dulzura de la contemplación campestre y la música de las esferas; la bañaron los novelistas en las fuentes turbias, pero vigorizantes, de la vida popular, baño que la enriqueció de sales y agudezas y le dio cierto desgarrado picaresco, que contrasta con la cortesana elegancia de los políticos y moralistas, de un Guevara ó un Saavedra; la pusieron los místicos en la fragua del amor divino y corrió en ríos de oro, que derritieron las piedras y consumieron los corazones; la envolvieron Hurtado de Mendoza, Melo y Mariana en los *paños reales y curiales* de que habló Maquiavelo; la llevó al teatro Calderón, y expresó en ella los sutiles conceptos teológicos de sus *Autos sacramentales*, “ todos de oro y estrellas,” según la expresión de Shelley; y Cervantes dilató sus dominios imperiales hasta hacerla capaz de representar el drama completo de la vida, en que el idealismo, representado por Don Quijote, al embestir contra el espeso escuadrón de intereses y pasiones materiales, hace brotar una estrella de cada desgarradura que el hierro de su lanza abre en el manto de sombras del egoísmo y de la mentira, y el sentido común, cabalgando con Sancho Panza sobre el manso lomo de su pollino, asciende á las cumbres del ensueño y se transfigura al recibir el beso de fuego de la gloria.

Señores: permitidme que al propio tiempo que pongo la modesta flor de mi homenaje en el ara de la lengua, lllore la desaparición de sus más insignes cultivadores en Colombia. Cuán talada se presenta á la vista la selva de nuestras glorias nacionales! La destrucción no ha perdonado ni á los árboles mayores, cabezas de la tribu, en cuyos follajes estaba acostumbrada á susurrar el aura de la gloria y cuyas ramas eran viejas amigas de las tempestades. Caída la próspera defensa de esos troncos augustos, cuán grande es la orfandad de los humildes arbolillos que se criaron á su sombra! Si la tormenta los envuelve con

sus alas, serán arrancados de raíz y morirán en el olvido, sin que de ellos se acuerde ni el hacha indiferente del leñador!—He dicho.

Notas

Página 587: Como el *Catálogo de las lenguas* es libro poco conocido, juzgo curioso reproducir el siguiente pasaje, como muestra de los ensayos de comparación intentados por Hervás: “ Platón, en el *Cratilo*, trata de la etimología del nombre *Hermes* (llamado *Mercurio* por los latinos), diciendo: ‘ investiguemos qué significa el nombre *hermes*. Este nombre parece pertenecer al discurso ó locución, pues la palabra *ermeneus* significa intérprete, nuncio, astuto engañador en hablar y vehemente predicador. Todo esto alude á la locución; y como antes se dijo, la palabra *eirein* significa el uso de la locución ó discurso; y Homero muchas veces usó la palabra *emesax* con la significación de maquinar. De estas dos palabras se compone el nombre del dios *Hermes*; esto es, se compone del hablar y del maquinar, por lo que deberíais llamarle *Eiremen*, contracción de las palabras *Eirein-emesato* (hablar-maquinar).’ Hasta aquí Platón, que con la extravagante y ridícula etimología que señala al nombre *Hermes*, claramente da á conocer que este nombre no era griego. Los latinos no dudaron de que fuese griego: el etimologista Pompeyo Festo, en el artículo *Herma*, dice: *Herma* en griego significa firmeza, apoyo; por lo que se dio á Mercurio, porque juzgaban habérsele puesto el nombre por razón de la firmeza de la locución.’ Mas hé aquí que la noticia moderna de la antigua lengua de los brahmanes de las Indias, celebrados por los griegos, nos ha hecho conocer que el nombre *Hermes* es de la lengua de éstos. En el vocabulario brahmánico Amarasintia, escrito antes de la era cristiana, el dios Buda, figurado en el planeta Mercurio que, como éste, da nombre entre los indostanos al cuarto día de la semana, se llama *dherma* y *dharmi*, que significan virtud, beneficencia, limosna, etc.... El planeta Mercurio en samscred (lengua sagrada de los brahmanes), se llama *Budhudherma*, en lengua malabara *Budhen dharman*, en indostana, *bodh dharm*, en tamulica *dharman*. Se infiere, pues, claramente, que el nombre *Hermes* es indostano y no griego. Lo mismo se debe decir del nombre *Theos* (Dios), del que Platón pretende señalar la etimología derivándolo de *heoreo* (contemplo). No agrado esta etimología á Pompeyo Festo, que en el artículo *Deus*, dice: ‘ *Deus* dictus est quod ei nihil desit, vel quia omnia commoda hominibus dat.’... A la verdad es cosa ridícula decir que la etimología del nombre latino *Deus* pueda provenir de las palabras latinas *desit*